

hasta artistas e intelectuales como entre sus vecinos más privilegiados, pero que se les ayuden cuanto antes los que por amor al Salvador y por el bien general de la patria son los más llamados a socorrerles. Ya los Misioneros, Sacerdotes y Religiosas y Catequistas, les asisten con cuerpo y alma; ¡que vengan los otros! Aquí, amantes de Dios y de la patria, está vuestra oportunidad de hacer algo grande, algo sublime en bien

de vuestros hermanos y de la patria. Si queréis un país enteramente Católico, si deseáis borrar del mapa el nombre de "tribus non-Cristianas", cooperad con los llamados divinamente a repartir ciencia, convicción y virtud. La civilización de los paganos exige sacrificios, pues que se hagan: es por Dios y la patria, significan un patriotismo verdadero y una recompensa eterna; aquí se presentan oportunidades únicas.

---

## En la Choza de Tchifeng

(FIN)

Tchifeng, extendido como una masa inerta en una cama blanca y limpia, consolado por los continuos cuidados de las Madres que le parecían otros tantos ángeles de caridad, a principios mejoró un tanto; lejos de la vista de sus hijos famélicos, de su esposa en lágrimas y también de sus verdugos sanguijuelas, no sentía tanto la ansiedad y el dolor, pero el mejoramiento no era más que de algunos momentos; pronto le asaltaban de nuevo las ideas más sombrías primero al dormirse y después en sus insomnios. Lo sentía perfectamente: iba a morir. Pero siendo un padre de familia, su amor para con sus hijos le empujaba a volver a casa para darles sus últimos consejos y su bendición paternal antes de separarse de ellos hasta la eternidad, una vida mejor para él, pero que debía

causar la miseria más negra a los suyos que iba a dejar sin sostén. Natural que insistía en volverse a casa, el hogar antes testigo de su felicidad y ahora de infinitas angustias presentes y futuras. Tan pronto como los paisanos del barrio se enteraron del legítimo deseo de Tchifeng, pronto se fueron al hospital llevando una manita y un asta; depositaron su víctima en una hamaca improvisada y se marcharon alegres en dirección de su barrio sin preocuparse de la incomodidad del paciente, únicamente pensando en nuevos sacrificios y otros festejos al costo de su carga humana. Pero la muerte misma tuvo más piedad de Tchifeng que sus hermanos paganos. Tan pronto como el paciente llegó a casa, sus ojos empezaron a revolverse desatinadamente en sus órbitas. Tchifeng sollozaba amar-

gamente y sus hijos, al ver las lágrimas de su madre, lloraban a su lado. ¡Pobres pequeñuelos! Guardad vuestras lágrimas para más tarde, porque vuestra vida será una cruz siempre pesadísima y vuestra existencia peor que la muerte.

—“Dios os bendiga, Tchipang... Emanuel (don de Dios)...María.... José...Federico..y..” pero Tchifeng no pudo terminar el nombre de su hijito menor que desde las espaldas de su madre miraba a su padre con ojos grandes; debe haberle pronunciado en el cielo al cual su alma se escapó, porque en este preciso momento el Juez eterno acababa de entregar a Tchifeng la recompensa de tanto sufrir, reservándose Su sentencia contra los verdugos de su cuerpo y también contra aquellos otros ejecutores de su vida que no tienen el corazón de hacer un sacrificio para quitar las armas mortíferas del paganismo a sus hermanos.

Nadie podrá describir el dolor de la miserable viuda en estos momentos de la terrible separación, pero ni una palabra de conmiseración se escapó de los labios de aquellos que habían causado en gran parte la muerte de Tchifeng y una vida miserable a Tchipang con sus pequeñuelos huérfanos.

—“A ver si pidas un poco de dinero prestado y compres un cerdo para ofrecer a tu marido para su largo viaje,” susurró el mambunung a los oídos de la viuda do-

lorida, pero esta vez recibió la contestación merecida tantas veces.

—“No....” replicó la mujer y en este “no” expresaba toda la determinación de su corazón quebrantado y decidido a no deshonar los restos mortales que en vida habían sido el templo del Espíritu Santo. “No,” el espíritu de todo mal no triunfaría más, bastaba ya su victoria de siglos sobre sus vecinos y sobre ella y sus hijos hasta el fin de sus días.

Desgraciadamente esta es una de las muchas historias conmovedoras que se desarrollan en la Provincia Montañosa y que brotan de la profunda ignorancia religiosa de los paganos, los ancianos y los mambunungs. La esclavitud de la familia de Tchifeng no es más que un ejemplo de tantas existencias miserables de otras familias cuyos bienes han sido disipados y su esperanza aniquilada por las órdenes inhumanas de jefes obcecados por la superstición del paganismo. ¿Cuándo, ¡oh cuándo! iluminará la Fe Cristiana las inteligencias de todos nuestros Montañeses y refrenará esta destrucción extravagante de propiedades tan necesarias a la vida de esta gente tan trabajadora?

Señor, ten piedad de ellos todos, y vosotros, hijos de la Luz, no resistid a la gracia del Señor de servir de instrumentos a la salvación tanto material como espiritual de vuestros hermanos.